

El Canto de los Delfines



Numero 4, 2018

Su amor

David Maldonado

Las farolas amarillentas apenas iluminaban la oscura calle. Sentía la niebla pesada sobre la noche y no podía ver muy lejos. No le molestaba la niebla, más bien lo hacía sentirse abrigado y seguro pues así no podía ver a nadie y nadie lo podía ver a él. Ansioso, el hombre de pie en su balcón del sexto piso descansaba los ojos en las luces de la calle solitaria, esperando ver a aquella misteriosa mujer pasar. Una vez a la semana, desde lejos ella llegaba para caminar bajo la oculta luna, pero ya contaba tres semanas con su ausencia. Solía visitar en noches como esta, frías, oscuras y pronto atormentadas. Siempre vestida de luto. Siempre cargando un ramo de rosas blancas mientras caminaba hasta la última luz, el farol más cercano al balcón del hombre.

Seguía esperando ahí arriba, impaciente, fumando el cigarrillo que abrazaba su mano izquierda con humo, y tomando de una copa el vino tinto que pronto se volvería en botella vacía. El hombre la extrañaba. Se preguntó si ya habría pasado sin haberla visto. No, ella siempre dejaba las rosas bajo el farol antes de despedirse. Siguió esperando mientras empezaba a lloviznar.

Era ya muy tarde en la noche, o muy temprano en el amanecer y los párpados se volvían cada vez más pesados. Aún bajo la llovizna que agarraba fuerza, el hombre la vio aparecer. Su vestido negro y largo, su sombrero pequeño con velo negro que no ocultaba bien su dulce y triste rostro, y su nuevo ramo de rosas blancas. Era ella, había llegado. Sus pasos traían la lluvia que caía por la calle; y las memorias nostálgicas que lo abrumaban. Al verla, su corazón galopaba y sus labios partían en una sonrisa.

Al llegar a la culminación de su viaje, la mujer se arrodilló bajo el último farol. No era la noche, sino ella quien lloraba. El hombre sentía el pesar de su mirada y tercamente, trataba de no llorar con ella. Con relámpagos y truenos atormentando los cielos, ella gritaba. Maldiciendo la falta de magnanimidad de Cristo por haberle quitado su amor, ella sacudía los aires. Se quitó su anillo de plata y lo lanzó en la oscuridad abismal. Las rosas también.



– ¡Ya no vendré más! – lloró enfurecida.

Bajo la furia del cielo, él intentaba gritar por su atención, pero ella no escuchaba. Tan solo un silencio salía del hombre. Sintiendo su corazón partirse por última vez, ella se levantó rápidamente y corrió por la calle, de vuelta por donde había llegado. Una última vez, él intentó. Gritó a todo pulmón el nombre de la mujer. El tiempo se detuvo, ella también. La lluvia paró de caer y los cielos se aclararon.

– Te amo – murmuró el hombre.

Con ojos grandes y tiernos, ella miró detrás suyo con lágrimas crecientes. Entonces cerró los ojos y siguió caminando. Se fue, la viuda no vendría más. Con lágrimas ya caídas, el hombre se miró las manos y encontró algo en una de ellas. Entre pétalos blancos, tenía puesto un anillo de plata.

Sobre El Autor

Como sus dos hermanos, David nació en San José, Costa Rica. Se mudaron a California para realizar un futuro ya planeado. Trabaja en un restaurante de tapas y estudia para obtener un certificado. Su futuro contiene algo mayor.



Chicano Graduation Ceremony at USC, June 1979.

The Oscar R. Castillo

Photo Archives, UCLA/CSRC/Library

Sobre El Autor

Nativo de El Paso, TX, Oscar se interesó por la fotografía a temprana edad. Su educación formal y sus experiencias con el Depto. de Estudios Chicanos en CSU Northridge lo formaron como fotoperiodista. Su extensa colección fotográfica documenta los últimos 40 años de la comunidad chicanx, brindando una vista pacífica de la vida del barrio, el paisaje post-urbano, y las experiencias culturales y políticas en el espacio público—una de las colecciones más ricas en cantidad y contenido.



Su amor
David Maldonado